

aquel hombre para afectar una indiferencia que le había costado tantos sacrificios?

Siempre aquel misterio que le había prometido explicarle algún día, pero cuyo esclarecimiento aplazaba él sin cesar con un aire de embarazo y una sonrisa indefinible.

Fueron un día a Paimpol, en compañía de la vieja Iyona, para comprar el traje de novia.

Entre los lindos trajes de señorita que le habían dejado cuando el embargo los había que hubieran podido servir muy bien para la circunstancia arreglándolos un poco, sin necesidad de incurrir en un nuevo gasto; pero Juan se había empeñado en hacerle ese regalo, y ella no se había resistido demasiado; tener un traje regalado por él, pagado con el dinero de su trabajo, le parecía como que anticipaba en cierto modo el momento de llamarse su esposa.

Eligieron el traje negro porque Gaud llevaba todavía el luto de su padre. Juan no encontraba nada bastante bueno entre las telas que el comerciante iba desplegando. El, que por nada del mundo hubiera entrado antes en una de aquellas tiendas de Paimpol, donde se vendían cosas para mujeres, ahora quería ocuparse de todo; hasta de la hechura que había de tener el traje; exigía absolutamente que le pusieran anchas tiras de terciopelo en la falda para que estuviera más vistoso.

XXXII

Una noche que llovía estaban sentados, al lado uno del otro, a la chimenea, mientras la abuela Moan dormitaba sentada enfrente de ellos.

Hablaban en voz baja, según costumbre inveterada de los enamorados; pero aquella noche había en su conversación períodos embarazosos de silencio. Juan, especialmente, hablaba poco y evitaba las miradas de Gaud.

Era que ésta menudeaba sus preguntas sobre aquel misterio que no había medio de aclarar, y esta vez el pescador se sentía cogido en las redes; ella era demasiado lista y estaba demasiado decidida a saberlo todo. No sabía Juan cómo esquivarse.

—¿Os habían hablado mal de mí?—preguntaba Gaud.

El trató de agarrarse a aquel recurso, contestando en términos vagos. Sí... Habían dicho no sabía qué cosas en Paimpol...

—Pero ¿qué cosas eran esas?

Juan no supo qué decir; la joven se persuadió de que seguía ocultándole la verdad.

—¿Me criticaban tal vez porque gastaba demasiado lujo?

En efecto: la tachaban de presumida, de querer eclipsar a las demás con su elegancia de parisiense... Pero, en fin, Gaud se convencía más y más de que tampoco aquél era el verdadero motivo.

Hubo un nuevo silencio, durante el cual sólo se escuchó el gemido del mar.

Una idea empezó a surgir en el espíritu de Margarita mientras observaba atentamente a su prometido. A medida que aquella idea iba tomando cuerpo en su cerebro iba cambiando la expresión de su fisonomía.

—Pues si no era nada de eso, ¿qué era entonces, vamos a ver?—dijo ella mirándole fijamente, con la sonrisa de inquisición irresistible de la persona que ha adivinado.

Juan volvió la cabeza, pero no ya para escapar a las miradas inquisitoriales de su prometida, sino para reírse franca y abiertamente.

No había engañado a Margarita su presentimiento: Juan no podía dar la razón de su actitud hacia ella porque no había tenido ninguna. Había obrado así simplemente por obstinación y porque sus amigos y hasta su familia le habían aburrido demasiado con hablarle constantemente de la heredera del señor Mével. Ante las indirectas y las bromas, se había obstinado en ocultar a todo el mundo sus verdaderos sentimientos, sin perjuicio de guardar en el fondo de su corazón la idea de que el día en que ya no se acordara nadie del asunto ni le hablaran de Gaud, él sería quien hablara.

¡Y por una niñería semejante había estado la

joven languideciendo durante dos años y desesperando de la vida!

Después del primer movimiento, que había sido de risa para ocultar la confusión de verse descubierto, Juan explicó gravemente a su novia que reconocía haber hecho mal en dejarse llevar por su carácter orgulloso, y le pidió perdón por haberla hecho sufrir, bien a pesar suyo.

—Es mi genio—decía—; podéis creerme, Gaud. Lo mismo exactamente me sucede en mi casa: a veces, porque me contradicen en cualquier cosa, me llevo ocho días sin hablar a mis padres, como si estuviese enojado con ellos. Y, sin embargo, los quiero muchísimo y los respeto, y acabo por obedecerles en todo, como si continuase siendo un chiquillo... Vuelvo a rogaros que me perdonéis...

Ella le perdonaba en el fondo de su corazón. Lágrimas de ternura acudieron a sus ojos, que concluían de borrar lo que quedaba en su alma de los pasados disgustos; casi se regocijaba ahora de haber conocido aquellos tiempos de ruda prueba.

No había ya entre ellos nube alguna; sus dos almas formaban una sola.

* * *

Seis días faltaban para emprender la marcha a Islandia.

El cortejo de la boda de Juan y Margarita regresaba de la iglesia de Ploubazlanec, molestado por un viento furioso, bajo un cielo cargado de negros nubarrones.

Los novios, ambos arrogantes figuras, marchaban a la cabeza del cortejo, figurándoseles todo aquello un sueño. Tranquilos, recogidos, graves, parecían ajenos a lo que pasaba en torno suyo; diríase que dominaban la vida; que estaban por encima de todo lo de la tierra.

Excusado es decir que la vieja Ivona formaba parte del cortejo, del brazo de un tío de Juan, de casi tanta edad como ella, y que le decía galanterías aprendidas en sus buenos tiempos. Llevaba una cofia nueva y un trajecito negro que Gaud le había arreglado para la circunstancia.

Y el viento sacudía indistintamente a los numerosos invitados; se veían trajes levantados, descubriendo fornidas pantorrillas, y sombreros y cofias que se escapaban de la cabeza de sus dueños.

Delante de todos caminaba un violinista, que arrancaba una música endiablada de las cuerdas de su instrumento.

Todo Ploubazlanec había salido a la calle para ver a los novios. Era aquel un matrimonio que apasionaba a las gentes de todo el contorno, y no se veían a los lados del camino mas que grupos estacionados que aguardaban el paso de la alegre comitiva. Casi todos los "islandeses" amigos de Juan estaban apostados para saludarlos al paso. Gaud contestaba a los saludos inclinándose ligeramente, como una señorita bien educada que era, con su gracia seria, y por todos eran admiradas su distinción y su belleza.

¡Y cuánto pobre había acudido al olor de la boda!

Había cojos, mancos, sordomudos, una nube de mendicantes con acordeones, con flautas, con violines: una orquesta como no háy idea. Unos tendían sus manos, otros sus platillos o sus sombreros, para recoger las limosnas que Juan les echaba con su gran aire noble, y Gaud con su agradable sonrisa de reina. Entre aquellos indigentes habíalos muy viejos, con cabellos blancos en sus cabezas, que jamás habían contenido una idea, que vivían escondidos en las zanjas de los caminos y tenían el mismo color de la tierra, de donde parecían salidos de una manera incompleta, y a la que pronto habían de volver, sin haber tenido en su vida un pensamiento; gentes cuyos ojos inquietaban como el misterio de sus existencias abortadas e inútiles. Miraban desfilar el nupcial cortejo sin darse cuenta siquiera de aquella manifestación de la vida en pleno.

La comitiva marchó hasta más allá de la aldea de Pors-Even, donde habitaba la familia Gaos, para cumplir la costumbre tradicional de los recién casados del país de Ploubazlanec de orar en la capilla de la Trinidad, que es como el fin del mundo bretón, situada sobre unas rocas batidas por el mar.

Imposible llegar hasta la capilla, a causa de las olas, que embestían furiosas contra el estrecho arrecife de piedras que daba paso hasta ella. Juan, que era el que más se había adelantado, llevando del brazo a Margarita, tuvo que volverse atrás para evitar que las oleadas de espuma les inundasen de pies a cabeza.

Al volverse vió al del violín, acurrucado en una

roca gris, que trataba de reanudar entre dos ráfagas de viento su interrumpida contradanza.

—Guarda para luego tu música—le dijo—; el mar nos da una serenata que suena mejor que la tuya.

Y en el mismo instante empezó a caer la gran lluvia que amenazaba desde por la mañana. Todo el cortejo subió corriendo y chillando para refugiarse cuanto antes en la casa de Gaos.

XXXIII

El banquete de bodas se celebró en la casa de los padres de Gaos, mucho más espaciosa y cómoda que la pobre cabaña de los Moan.

En la gran habitación nueva del piso superior se instaló la mesa de preferencia, en la que tomaron asiento, además de los novios y de la familia, una porción de parientes cercanos: el primo Gaos el piloto, Germeur, Keraez, Ivon Duff, todos los de la *María*, que ahora componían la tripulación de la *Leopoldina*; cuatro doncellas de honor, muy lindas, con sus trenzas de cabellos enrolladas en forma de caracol por encima de las orejas, como antiguamente las llevaron las emperatrices de Bizancio, y sus cofias blancas, que imitaban la hechura de una concha marina, y cuatro mancebos de honor, pescadores islandeses los cuatro, gallardos y bien plantados.

También en el piso bajo se cocinaba y se comía; toda la parte más secundaria del cortejo se había amontonado allí en desorden, y varias guisanderas, alquiladas expresamente en Paimpol, perdían la cabeza ante la gran chimenea obstruida de cacerolas y marmitas.

Los padres de Juan hubieran deseado seguramente una mujer más rica para su hijo; pero Gaud era unánimemente tenida por una joven juiciosísima y animosa, y a falta de su perdida fortuna, era la más bonita y la más elegante del país, lo que no dejaba de lisonjear a los viejos.

El señor Gaos, padre, algo animado ya después de la sopa, decía del nuevo matrimonio:

—¡Pronto irán saliendo al mundo nuevos Gaos! Y eso que no faltaban en Ploubazanec.

Y contando por los dedos, explicaba a un tío lejano de la novia cómo era que había tantos que llevaban este apellido: su propio padre, que era el más joven de nueve hermanos, había tenido doce hijos, los cuales se habían casado con primas suyas, lo que había dado lugar a que hubiera por ahí un enjambre de Gaos, a pesar de los desaparecidos en Islandia.

—Por mi parte, yo me casé también con una Gaos, y hemos tenido la friolera de catorce hijos.

Y el viejo se regocijaba, sacudiendo su cabeza blanca, a la idea de ser el jefe de aquella tribu.

También estaba alegre Germeur, el antiguo patrón de la *María*, que contaba sus travesuras y calaveradas de cuando estaba en la Marina de guerra. Todo se le volvían historias de China, de las Antillas y del Brasil, que hacían abrir grandes ojos a los jóvenes que estaban en vísperas de partir para el servicio.

Fuera de la casa, el tiempo continuaba siendo duro: el viento y la lluvia azotaban furiosamente

los cristales, y a pesar de las precauciones tomadas, algunos se inquietaban por su barca o su falucho, amarrados en el puerto, y hablaban de levantarse para ir a ver si la embarcación se mantenía sólidamente sobre sus anclas.

Mientras tanto, otro ruido, pero mucho más agradable de oír, subía del piso bajo, donde la gente más joven cenaba en pintoresco desorden: eran los chillidos y las carcajadas de las primas y de los primos Gaos, que comenzaban a sentirse muy regocijados por las frecuentes libaciones.

Se habían servido carnes cocidas, carnes asadas, gallinas en pepitoria, pescados de muchas clases, tortillas y buñuelos de viento. Todo el mundo contaba aventuras de las que había sido héroe o testigo en lejanos países.

—Cuando yo era cabo de cañón a bordo de la *Zenobia*—refería uno de los parientes—estábamos fondeados en Aden, cuando un día veo a unos comerciantes de plumas de avestruz que subían a bordo.....

Pero he aquí que uno de los hermanos pequeños de Juan, un futuro islandés, se puso malo por haber bebido demasiada sidra, lo que produjo la emoción consiguiente, quedándose los circunstantes sin saber el desenlace de la aventura de los mercaderes de plumas.

El viento bramaba en el cañón de la chimenea, como un condenado que sufre.

—Parece que el viento se incomoda porque nos estamos divirtiendo—dijo el primo piloto.

—No—replicó Juan—; es la mar la que se enfada, porque yo le había dado palabra de casarme con ella.

Los novios tomaban poca parte en la conversación general; hablaban entre ellos en voz baja, aislados en medio del regocijo de los otros. Juan se abstenía cuanto podía de beber, comprendiendo que aquella no era noche de emborracharse, y se ruborizaba como una jovencita cuando alguno de los concurrentes se permitía una broma un poco arriesgada sobre las dulzuras de una noche de novios.

El recuerdo de Silvestre asaltaba por momentos su imaginación, entristeciéndole. A causa de aquella muerte, y de lo reciente que estaba la del padre de Gaud, se había convenido en que no habría baile.

Estaban en los postres, y bien pronto iban a empezar las canciones, según es uso y costumbre del país bretón en tales casos; pero también lo es que a los cánticos precedan las oraciones por los difuntos de la familia, y así, pues, cuando vieron levantarse al viejo Gaos y descubrirse, se hizo un profundo silencio entre los comensales.

—Por Guillermo Gaos, mi padre—dijo gravemente.

Y comenzó a recitar, por el alma del muerto, la clásica oración latina *Pater noster, qui es in cælis, santificetur nomem tuum.....*

Y terminada la plegaria, que todos los circuns-

tantes repitieron devotamente, emprendió una serie de ellas, en las que nadie quedó olvidado.

—Por Ives y Juan Gaos, mis hermanos, perdidos en el mar de Islandia.....

—Por Pedro Gaos, mi hijo, naufragado con la *Zelia*.....

—Por el pobre Silvestre Moan, muerto de sus heridas en el campo del honor.....

Juan derramó entonces abundantes lágrimas por la memoria de su amigo.

—*Sed libera nos a malo. Amen.*

A poco, empezaron las canciones; coplas aprendidas en alta mar, sobre el castillo de proa de los barcos de guerra, donde, como es sabido, abundan los *cantadores finos*.

Un noble cuerpo, el de los zuavos;
mas también aquí los bravos
nos burlamos del Destino:
¡viva el mar! ¡viva el marino!

Uno de los mancebos de honor era el que entonaba las coplas, y los demás repetían a coro el estribillo, con hermosas voces de bajos profundos. Pero los nuevos esposos no cantaban ni se ocupaban de los cantantes; cuando se miraban, sus ojos brillaban con un brillo opaco, como resplandor de lámparas veladas. Continuaban hablándose, cada vez en voz más baja, la mano del uno en la del otro, y Gaud inclinaba frecuentemente la cabeza, poseída poco a poco de un delicioso temor, ante su señor y dueño.

El primo piloto daba ahora la vuelta a la mesa para servir a los convidados un cierto vino que él sólo poseía; lo había traído con muchas precauciones, y refirió la historia de cómo había llegado a ser poseedor del precioso néctar; era una barrica que se habían encontrado en alta mar, procedente sin duda de un buque naufrago. A él le habían correspondido por su parte cuarenta botellas; pero suplicaba a los convidados que guardasen el secreto, porque no habían presentado su declaración a la Comisaría de marina.

El vino fué declarado excelente, y se vaciaron de él un buen número de botellas.

Las cabezas no estaban demasiado firmes: el eco de las voces se hacía más confuso, y los jóvenes abrazaban a las muchachas. Seguían las canciones, pero la verdad era que nadie se sentía el espíritu tranquilo en aquel banquete de bodas, y que los hombres cambiaban frecuentes signos de inquietud a causa del tiempo, que seguía empeorando.

El ruido siniestro de los elementos desencadenados era ahora como un solo grito continuo, amenazador, arrojado a la vez por miles de bestias rabiosas. También sonaban a lo lejos detonaciones sordas, como disparos de gruesos cañones de Marina: eran los furiosos embates del mar contra la costa de todo el país de Ploubazanec. No; el mar no estaba contento, como Juan había dicho. Gaud sentía una angustia en el corazón por aquella mú-

sica espantable que nadie había encargado para su fiesta de bodas.

Hacia la media noche, el mal tiempo pareció calmarse un poco: Juan, que se había levantado sin hacer ruido, hizo seña a su mujer de que viniera a hablarle.

Era para que se fueran a su casa.... Ella se ruborizó pudorosa; objetó que sería una falta de cortesía el marcharse en seguida, dejando a los otros.

—No—contestó Juan—; no hay falta de cortesía, porque mi padre ha dicho que podíamos marcharnos.

Y salieron los dos furtivamente, sin que se percibieran los invitados.

Hacia mucho frío en aquella noche oscura y tormentosa. Juan tomó en brazos a su esposa para que no se llenara de barro el vestido ni pusiera sus bonitos zapatos bajos en aquel agua que empapaba el suelo. ¡Cuánto la amaba!... ¡Y decir que ella tenía veintitrés años y él iba a cumplir veintiocho, y que hacía ya dos años que podían estar casados y ser felices como aquella noche!

Llegaron, en fin, a su pobre casa, y encendieron una vela, que el viento apagó por dos veces.

La abuela Ivona, a quien habían llevado a su cabaña antes de que dieran principio las canciones, estaba acostada hacia dos horas en su lecho en forma de armario. Los jóvenes miraron por los calados de las puertas, con intención de darla las buenas noches, si por acaso estaba despierta; pero

vieron que el venerable rostro de la anciana estaba inmóvil y que tenía los ojos cerrados; estaba dormida, o fingía estarlo para no perturbarles.

Entonces se sintieron solos, el uno del otro.

Ambos temblaban, cogidos de las manos.

El se inclinó hacia Gaud para besarla en la boca; pero ella apartó sus labios, y con la misma castidad que la noche en que se dieron palabra de casamiento, los apoyó en la mejilla de Juan, helada por el viento de la noche.

.....
Fuera de la cabaña, la misma orquesta invisible y discordante de los elementos continuaba entonando su salvaje serenata para celebrar la noche de novios.

Y la gran tumba de los marinos estaba allí cerca, inquieta, devorante, embistiendo contra las rocas de la costa con los mismos golpes sordos. Una noche u otra había que caer en el abismo profundo; debatirse en él, en medio de las rocas negras y heladas: ellos no lo ignoraban...

¡Qué importa! Por el momento estaban en tierra firme, al abrigo del furor del viento y de las olas. Entonces, en la morada pobre y sombría eternamente azotada por la tempestad, se entregaron el uno al otro, sin preocupación ninguna de la muerte, embriagados, mecidos deliciosamente por la magia incontrastable del amor...

XXXIV

Fueron marido y mujer por espacio de seis días.

En vísperas de la partida, las cosas de la expedición a Islandia ocupaban a todo el mundo. Mujeres jornaleras estivaban la sal en los sollados de los barcos; los hombres disponían los aparejos, y en casa de Juan, como en la de los demás pescadores, toda la familia trabajaba en los preparativos de la campaña. El tiempo era sombrío, y el mar, que sentía la aproximación del equinoccio, estaba picado y turbulento.

Gaud sobrellevaba con angustia estos preparativos inexorables, contando las horas rápidas del día, precursoras de la noche, en que, concluido el trabajo, tenía a su marido para ella sola.

¿Tendría que verle partir así en los años sucesivos? Ella esperaba poderle retener, pero no se atrevía a hablarle todavía del asunto; le parecía prematuro. Y sin embargo, él también la amaba mucho: experimentaba hacia su mujer una ternura tan confiada y tan nueva para él, que los mismos besos, las mismas caricias, con ella le parecían *otra cosa*; y cada noche sus embriagueces de